

El lenguaje de amor

Abrázame, que quiero prolongar este momento  
deseo yo perderme entre tus brazos  
y contener tu cuerpo con los míos

Abrázame, olvida tu pasado y tu futuro  
que no te importe nada solo el presente  
y con ayuda divina los momentos  
mágicamente.

Abrázame, que quiero estar en este día  
Ahora resulta que quieres volver  
el lapso en que descansé entre tus brazos  
y no encuentro tus motivos

Abrázame, que quiero que seas el presente  
el mío con el tuyo hecho una sola cosa  
capaz de desafiar a mi pasado  
graciosamente.

Abrázame, que quiero que seas mi hombre  
romper mi esterilidad en mil pedruzcos  
y guardar este recuerdo de por siempre  
a mi déjame serlo  
capazmente

Abrázame, que intuyo que te apartas de mi vida  
cuando yo te necesito cerca  
por me cobro tu ofensa  
firmemente

Abrázame, que pronto asomará el cruel hastío  
la vida es gustosa de los cambios  
y yo quiero morir en este abrazo.

La confesión

Todos los días a los quince para las siete, ella acudía a la  
misas. Se prometía que ahora, ese día, se atrevería a confesarse para  
poder comulgar; pero siempre pasaba lo mismo, evitaba hacerlo y  
salía del templo con el peso de su angustia cotidiana.

Por más que hacía memoria, ella no recordaba desde cuándo  
comenzó esa angustia sentimental, ese necesidad escuchar su voz,  
ver su figura que adivinaba esbelta y sobre todo, provocar ese  
choque de miradas con el cual se alimentaba día tras día.

En cuanto él aparecía, el templo era otro, más iluminado,  
más completo y los demás ya no existían. Una a una las palabras  
caían en su oído como centavos de oro; las repetía en su interior y  
comenzaba su tormento. ¡Qué sabiduría de ese hombre. Se  
comenzó a salir del templo.

Se trataba de un templo sencillo, con algunas imágenes  
reservadas para el bautizo, confesión y meditar ante el Santísimo.  
Antes, a ella le había gustado deleitarse en los pocos cuadros que  
mostraban escenas bíblicas. Sólo los veía y envidiaba la mano de  
los ejecutores por sentirse sin dones para la pintura y el dibujo. Al  
revertirse a su infancia se veía tomando con emoción un lápiz y  
sobre una hoja en blanco recorrer libremente hacia todos lados, para  
algo disfrutar queriendo darle nombre y encontrar formas bellas.  
Los demás se hicieron cargo de que se enterara que carecía de  
aptitudes y de que si lo volvía hacer sería una pérdida de tiempo y  
gasto de papel injustificable.

CAPILLA ALFONSO

o en  
arias  
fonia,  
uario  
en su  
ros de  
e libro  
activa:  
Entre  
ver a  
más  
as y  
ones y  
ora se  
as con  
to y  
uede  
pero  
en el  
l cual,  
tamos

### La confesión

Todos los días a los quince para las siete, ella acudía a la misa. Se prometía que ahora, ese día, se atrevería a confesarse para poder comulgar; pero siempre pasaba lo mismo, evitaba hacerlo y salía del templo con el peso de su angustia cotidiana.

Por más que hacía memoria, ella no recordaba desde cuándo comenzó esa angustia sentimental, ese necesitar escuchar su voz, ver su figura que adivinaba esbelta y sobre todo, provocar ese choque de miradas con el cual se alimentaba día tras día.

En cuanto él aparecía, el templo era otro; más iluminado, más completo y los demás ya no existían. Una a una las palabras caían en su oído como centavos de oro; las repetía en su interior y comenzaba su tormento. ¡Qué sabiduría la de ese hombre: Sí, hombre; y saboreaba la palabra.

Se trataba de un templo sencillo. Aún no tenía lugares reservados para el bautizo, confesión y meditar ante el Santísimo. Antes, a ella le había gustado deleitarse en los pocos cuadros que mostraban escenas bíblicas. Sólo los veía y envidiaba la mano de los ejecutores por sentirse sin dones para la pintura y el dibujo. Al devolverse a su infancia, se veía tomando con emoción un lápiz y sobre una hoja en blanco recorrer libremente hacia todos lados, para luego disfrutar queriendo darle nombre y encontrar formas bellas. Los demás se hicieron cargo de que se enterara que carecía de aptitudes y de que si lo volvía hacer sería una pérdida de tiempo y gasto de papel injustificable.

o en  
tarios  
fonia,  
nuario  
en su  
ros de  
e libro  
activa:  
. Entre  
lver a  
J más  
as y  
  
ones y  
bra se  
as con  
nto y  
puede  
o pero  
en el  
el cual,  
stamos

Cuando estudió las figuras geométricas se dio a la tarea de englobar todos los objetos y la sombra de éstos en un círculo o en un cuadrado. Pero de todos ellas lo que más le fascinó fue el triángulo.

Después con la frescura que surge de ver el ayer como hoy, ella veía, cada vez que se detenía ante la escena de Cristo y los ladrones, que constituían un triángulo. En Navidad, María, José y el Niño Jesús, eran otro triángulo y en Cuaresma, miraba con asombro y devoción, como María con Juan y Jesús en la cruz, reflejaban otro triángulo.

En algún momento, su obsesión la lastimaba a niveles de conciencia real, y entonces bajaba la vista confundida y se decía, como cuando era niña: "¡Esto no está pasando! ¡Esto no me está pasando!"

Pero en seguida volvían esos ataques de furor con que manchaba no sólo su alma, sino también el recinto donde se encontraba "devotamente" tarde tras tarde, que contradecían los cánones morales que había conocido y practicado dentro de una familia pobre pero cristiana.

En su defensa ella se repetía que si aquí en el mundo se hace la voluntad de Dios, y él con frecuencia había traído a colación en su homilía, esa frase que a ella le gustaba escuchar para acomodársela livianamente, aquélla de que "no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios", porque así sentía menos pesada su incipiente culpa.

Su viudez temprana y el no ser madre, fueron las causas de su berrante encierro. Comenzó a retomar las amistades, el contacto con los vecinos, y poco a poco, dejó de encontrar la paz, a no ser dentro del espacio que había hecho suyo, desde antes que él llegara: el templo.

¿No sabe si hay misa de 8? La voz de la señora con un niño en brazos y otro de la mano, la sacó de su pensar y molesta le preguntó: -¿Qué me dijo?- La señora volvió a preguntar: -¿Qué si va a haber misa de 8. Ella le dijo: -No, va a empezar la de 7, a las 8 no hay. Ella no escuchó el "gracias" porque ella consultó el reloj que marcó 7:50 y sacando fuerzas de donde pudo se acercó a la silla de los acusados. Él dijo el ceremonial y ella respondió mímicamente y sólo empezó a hablar cuando él preguntó, con esa voz que tanto quería escuchar: -¿Cuáles son tus pecados? Como pudo empezó a alburcear, entre sollozos e interrupciones, el problema cuyo peso la asfixiaba. Al principio él no entendió lo que ella le contaba; comenzó a darle una confesión en que a él le pareció que del enamoramiento que ella hablaba era hacia Cristo y le dijo que no era pecado, que todos somos ovejas queridas por Él y que es natural que como ovejas amemos y sigamos a Cristo.

Ella sacó el pañuelito de su bolsa y se limpió con coraje parte del rostro; así que él se hacía el desentendido, claro, así le resultaba más fácil todo; comprendió que sólo le quedaban dos opciones: seguirle la corriente y quedarse todo como si nada aunque se autotraicionara, o aclararlo todo para que él comprendiera que la vida humana es muy compleja y que el corazón nos juega rudo y sin compasión.

do en  
itarias  
ifonia,  
nuario  
en su  
oros de  
te libro  
activa:  
s. Entre  
olver a  
u más  
as y

iones y  
obra se  
las con  
ento y  
puede  
o pero  
en el  
el cual,  
estamos

Después de un minuto de silencio, largo e insostenible para él, ella optó por lo segundo, y se encontró con la sana resistencia de él.

-No, padre, usted me está entendiendo mal.

-Por qué, hija.

-Porque yo amo al Señor, sé que El es mi creador y salvador, pero hay otro que se ha hecho dueño de mi corazón.

Amarás a Dios por sobre todas las cosas, ¿recuerdas?

-Sí, padre, pero también amo al que tengo enfrente.

Él se puso de pie ante tal irreverencia y le dijo: -Arrepiéntete y pide perdón a Cristo por esta ofensa.

Ella se puso de pie y retadoramente le increpó: - Y usted padre, ¿ya lo pidió por esas miradas amorosas que me manda cada vez que lo veo y me ve al mismo tiempo?

El no contestó el ataque, se vio el reloj y le dijo, casi irónicamente: -Voy a cambiarme, es hora de la misa. Ella no se quedó a misa, el mal estaba hecho. Su impasibilidad la desconcertó. Confesaba una verdad y la menospreciaron. Y ahora, cómo buscar la reconciliación espiritual, si había cerrado el único camino para estar bien con Dios.

Hubo de pasar mucho tiempo para que ella se atreviera a volver al lugar donde encontró la paz y donde la perdió. Por años había asistido a otro templo y como el tiempo todo lo cura, un día ella se sintió fuerte como para recuperar una parte de su pasado, que tanto le había lastimado, pero que ahora veía como una hoja del calendario tirada en los corredores de un parque cercano y limpio.

Fue una mañana de domingo, el templo estaba lleno y muy cambiado. Ahora sí había lugares destinados para cada cosa: confesionario, el baptisterio y el recinto para el Santísimo. Ella se quedó atrás, cerca de la salida; observó que se habían renovado las bancas, ahora con bases reclinatorias; las ventanas lucían brillantes colores que conformaban una cruz ancha y vacía. Se moría por preguntar quién oficiaría la misa pero se abstuvo de hacerlo. En realidad ya no importaba; la enfermedad había pasado.

Todos se pusieron de pie y el ruido general que se produjo le hizo levantarse automáticamente. Un cura, alto y afable, saludó y se dirigió a la entrada a recibir a una quinceañera. Ella sintió sin saber por qué un alivio. Por ocho años se había ido con una hermana que vivía en Veracruz, ahora volvía a su casa, que había rentado al hijo de un vecino quien se casó en ese entonces. Como habían cambiado de trabajo a otro estado al joven, le desocuparon la casa. Ella volvió a pensar en venderla o quedarse, aún no tomaba la decisión.

Trató de concretarse en el ritual de la misa y al parecer lo consiguió. Al término de ésta, una vecina la saludó y fue quien le preguntó, sin que ella le preguntara, que hacía ocho años que él ya no oficiaba y le increpó: - ¡Ah!, pues desde que tú te fuiste con tu hermana a Veracruz.

Ella se mantuvo firme y segura. Se despidió cortésmente y a la pregunta de la vecina acerca de que si se iría a Veracruz o se quedaría en su casa, ella respondió con un marcado desgano: - Aún no sé.

No quiso saber más; puso un aviso en el periódico y pronto vendió la casa que su marido le había dejado. Decidió regresar a Veracruz donde buscaría enterrar una etapa indeseable de su vida. Recién comprendía que si las guerras cuestan mucho, la tranquilidad cuesta más.

do en  
sitarias  
lifonia,  
anuario  
a en su  
oros de  
te libro  
activa:  
s. Entre  
olver a  
u más  
nas y

iones y  
obra se  
las con  
ento y  
puede  
o pero  
en el  
el cual,  
estamos

## El río

La corriente se deslizaba con fuerza rumbo al poniente. El agua turbulenta transitaba con furia, en su paso desbordante acarrea lo que encontraba: vidrios, palos, botellas de plástico, ramas y troncos de árboles; aquello era insólito porque ese lecho arenoso tenía años de estar seco y vacío.

Algunos moradores no se separaban de su lugar de alerta, si el nivel subía un poco más sería necesario avisar a los habitantes de la necesidad de evacuar. El pueblito estaba dividido por el río y el pequeño puente, mal hecho desde sus inicios, ofrecía poca seguridad para cruzarlo.

El presidente municipal, sabía que esa era una emergencia, pero se habían quedado sin línea telefónica en la presidencia del pueblo, único lugar donde la había. Pensó que si su chofer cruzaba el puente, podría avisar en el otro pueblo para que mandaran grupos de rescate y así se pudiera efectuar la evacuación, que ya parecía inminente.

No obstante, como el riesgo era demasiado no se animaba a dar la orden. El chofer era Anastasio, un joven acomedido que estudiaba por las noches la secundaria y en él había descubierto que su obediencia no tenía límites. De antemano sabía que si lo mandaba, él cumpliría el encargo, aunque le fuese en ello su propia vida.

Pensando en esto se le vino una idea que calificó de loca y por lo mismo la rechazó su mente, aunque no del todo su corazón. Al principio se le ocurrió que para no poner en riesgo a su chofer, un joven

honrado y decente, podría entonces sacar a Germán, un golpeador de mujeres y vecinos que por ahora estaba cumpliendo una condena en la cárcel, para que hiciera la dirigencia pertinente.

Por un largo momento en el que pensó, vació la cajetilla de cigarrillos, encendiendo uno tras otro, mientras la idea jugaba coquetamente en su cabeza. Si moría Germán en su fuga, el pueblo no perdía gran cosa se justificaba. En cambio, si moría Anastasio, que era útil y servicial, él se quedaba sin chofer y la familia del muchacho, si lo iba a resentir.

Como caído del cielo apareció Anastasio quien le preguntó a su jefe: - ¿No será necesario ir a buscar ayuda al otro pueblo? Él le respondió con otra cuestión: - Y, ¿quién crees que será capaz de hacerlo? El muchacho, resuelto e impulsivo, contestó: - Pues yo, ¿acaso no está la camioneta!

El presidente se quedó pensativo. No sabía si debía compartir su idea con el joven, o hacerlo él personalmente, para que si las cosas salían mal, Anastasio no tuviera vela en el entierro.

Después de un minuto de pesado silencio el joven insistía: - Pues entonces, ya voy o me espero. El funcionario frunció el ceño y le dijo: - ya veremos, hay que esperar. Si componemos la línea del teléfono, avisamos y así no corremos riesgos.

El joven salió murmurando un "con permiso" y ya no volvió. El hombre salió poco después rumbo a la cárcel; iba decidido; a Germán nadie lo quería, y cuando estaba preso, el pueblo estaba más en paz. Aparentó tranquilidad cuando saludó al guardia y al celador.

do en  
sitarias  
lifonia,  
anuario  
a en su  
bros de  
ste libro  
activa:  
s. Entre  
olver a  
su más  
nas y

siones y  
obra se  
rlas con  
ento y  
puede  
o pero  
en el  
el cual,  
estamos